

(...) *Todo tendrá que ser reconstruido, intencionado de nuevo, y los viejos mitos, al reaparecer de nuevo, nos ofrecerán sus conjuros y sus enigmas con un rostro desconocido. La ficción de los mitos son nuevos mitos, con nuevos cansancios y terrores.* (...)³:

En alguna de sus acepciones la literatura es mito, como ejercicio de dar sentido al mundo, sentido que pretendemos encontrar (así como Lezama requiere desentrañar la razón de los mitos reanudados e indóciles), aspirando a desarrollar la sensatez necesaria para la representación del exilio y de la identidad tráfuga; sentido que se vuelve nuestra coartada para concebir este libro sobre desarraigo, transculturalidad y escritura, tan alemán y tan añorante de una cubanidad intangible.

Es complicado discutir en una revista de lengua española las propuestas generales de un texto cuya publicación el año 2014 ha sido realizada en lengua alemana, en el centro de Europa continental (cuna indudable del racionalismo metafísico), a pesar de estas distancias el sentido añorado (capcioso e instalado interpretativamente en Latinoamérica) emerge accesible en la lectura de la lectura que hacemos; sustentado en la necesidad ética del gesto contracolonial, análogo a la contracolonialidad propia del guiño de Andrea Gremels, autora de este largo ensayo, antes tesis doctoral dirigida en la Universidad de Frankfurt por el Profesor Roland Spiller.

Andrea Gremels edifica su “inventio” y mito de la literatura cubana del exilio, con los recursos de una interpretación eurocentrada pero suspicaz e ideológicamente reticente respecto del riesgo cierto de pensar desde la colonialidad en su exegesis del fenómeno, considerando además este sistema textual literatura de una diáspora afrancesada; de esta manera interpretativamente más que registrar, Gremels se basa en aproximaciones teóricas y existenciales de una alteridad nueva, desde una émica (como fonémica etnográfica de los textos y del habla de los autores) que como el tipo de pensamiento alemán desde el que se sitúa, apela ante todo a una metafísica, es decir, a un sentido, nunca palabra absoluta, sin embargo arraigada en la certidumbre de encontrarse frente a una literatura occidental, situada fenomenológicamente fuera del mismo París, convirtiéndose la autora textual en un yo

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

ANDREA GREMELS, *Kubanische Gegenwartsliteratur in Paris zwischen Exil und Transkulturalität*, Narr, Tübingen, 2014, 345 pp. ISBN 978-3-8233-6846-5²



Palabras clave:
literatura cubana
literatura exilio
transculturación



que es un tú en la apuesta de la comprensión intercultural. Comprensión hermenéutica crítica y condescendiente de la transculturación que surge en este libro, contradictoria, silenciosa y silenciada; transculturación con medio siglo y más, donde la literatura es síntoma de una soledad comunitaria generada en la pérdida de confianza en la historia.

La devoción de Andrea Gremels por la diferencia, su fascinación por la otredad, se manifiesta en este libro en la práctica de describir y percibir lo diferente, sin idealizarlo, pero hechizada por esa diferencia, rescatando del ámbito de lo invisible una escritura que no victimiza ni exotiza autor o texto, simplemente demostrando lo eternamente humano del acto de escribir, crear escritura frente al sufrimiento colectivo y psíquico que siempre será producto del desarraigo; en el rescate de la horizontalidad del contacto, y la adscripción, la identificación con la diferencia, más por erotismo como representación de un deseo de otredad, que por coherencia con algún programa de investigación: se trata de resaltar lo atávico e imprescindible que posee el libro en su tratamiento de un fenómeno ocurrido en territorio francés, pero profundamente latinoamericano. Es una muestra de superación del texto usual escrito en Europa sobre el exotismo surgido de América Latina, traducido siempre tardíamente, y donde la noticia sobre Latinoamérica es transmitida cuando ya es una suerte de etnohistoria de nuestra tradición; se trata de dar cuenta del acaecer de una literatura que, por muy parisense que se pueda pretender, es literatura latinoamericana y se encuentra en pleno desarrollo: autores como Nivaria Tejera, Gilda Alfonso, Eyda Machín, William Navarrete, Zoé Valdés, Miguel Sales, Lira Campoamor, José Trianas, ya no nos podrán ser ajenos porque este libro se empeña en describir sus obras, y la específica dialéctica que se juega entre la subjetividad de este conjunto de personas transplantadas y el “ángel de la historia” que las transpone.

Desde la “etnografía literaria” realizada por la autora, con la innovación metodológica que conlleva (rapport, entrevistas, observación semi participante elicitación, análisis contextualizado de textos orales y escritos), podemos comenzar a entender los bordes de esta literatura hispanoamericana, con la eficiencia de los especialistas europeos,

1. *Literatura cubana en París, entre el exilio y la transculturación.*

2. Esta reflexión se ha elaborado en el contexto de la permanencia del autor como profesor visitante en Alemania, en Instituto de Filología Románica de la Goethe-Universität Frankfurt am Main, ello en el contexto de un proyecto de Investigación sobre comunicación transcultural, siendo el Dr. Miguel Alvarado el Investigador principal y responsable, el código del proyecto es: A/13/0336, Título del proyecto: “Anthropological literature in Chile. A hybrid language for intercultural communication”.

3. JOSÉ LEZAMA LIMA, *La expresión americana*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, p.10.

pero también con la especificidad de lo taxativamente hispanoamericano; así como los etnólogos europeos informaban en lengua inglesa, francesa, belga o alemana de los estilos de vida de las sociedades arcaicas de Latinoamérica, este libro que comentamos da cuenta de una forma de americanismo latino en diáspora, en muchos aspectos y espacios, una escritura incomprendida.

Agradecemos este estudio sistemático y empático realizado por una colega académica de Fráncfort, y también le agradecemos la posibilidad (que esta reseña implica) de reapropiarnos del acervo cultural en nuestra tradición y desde nuestra lengua, en una lectura que es siempre parcial y carente de la pragmática que originó el estudio; ello, para que el exilio sea latinoamericanamente una circunstancia histórica común pero que no desemboque en la maldición de la distancia, así este libro puede liberarse de ser un instrumento colonial de conocimiento para ser un aporte desde otra lengua y otra tradición hacia nuestra autocomprensión. Lo ha querido su autora y esta reseña es un ejercicio de diálogo intercultural, o al menos es su ingenua y afable pretensión.

Todo pensamiento es de la misma forma un pensamiento situado y una ambición, a veces rechazada, por pensar la totalidad, es una ilusión siempre presente que situándonos desde el fragmento podemos vislumbrar el mundo, desde el texto visto como un “aleph” (espejo y centro de todas las cosas) hablarnos de la tensión esencial entre la escritura y sus mundos. Este libro de la filóloga alemana Andrea Gremels, es del mismo modo un interesante estudio inscrito en la lógica de la filología más clásica alemana, y un intento transdisciplinario de desbordar los límites de lo literario, tanto en el plano de lo teórico como en el de lo metodológico, es por tanto una escritura límite sobre unas demarcaciones estéticas y sociales siempre estrechas (lo cubano, la lengua castellana, el castellano de Cuba, Cuba como territorio, el anhelo de Cuba, la utopía/distopía desgarrada del regreso, el París de los exiliados, el París Ciudad Luz, el París lleno de precariedades), por ello su interpretación debe hacerse desde esa misma óptica transdisciplinaria que supera a las disciplinas, leemos así este libro como un llamado a las necesarias lecturas

«Andrea Gremels edifica su “inventio” y mito de la literatura cubana del exilio, con los recursos de una interpretación eurocentrada pero suspicaz e ideológicamente reticente respecto del riesgo cierto de pensar desde la colonialidad»

«Se trata de resaltar lo atávico e imprescindible que posee el libro en su tratamiento de un fenómeno ocurrido en territorio francés, pero profundamente latinoamericano»

posibles, en las cuales los artefactos culturales, especialmente las obras literarias, se juegan la existencia y reconocimiento en los límites, no solamente de los cánones o de los géneros textuales, sino también en las remarcaciones de las nacionalidades, los territorios, los estilos de vida, los géneros sexuales, los grupos etarios: este libro es por tanto una bella alegoría de los límites que expresa la extraña pasión de una alemana y su entorno académico por una cultura tan distinta a la propia, motivadas evidentemente las lecturas de los textos por un deseo de “diferencia”. Es literatura de la literatura, que desentraña una metalengua aún imprecisa, aún no identificada.

Así la autora requiere de herramientas que no llevan a la clasificación sino a un particularismo, el cual confía aún en que desde la inducción podrá generarse un acercamiento a los textos de frontera cultural, los cuales, lejos de ser tan excéntricos, responden al eje concéntrico de la permanente transculturación, al mandato esencial de pensar desde la alegoría permanente a lo heterogéneo: no porque el exilio cubano en París sea tan exclusivo o específico, (aunque sea el primer exilio de Occidente del siglo XXI), sino simplemente porque responde al sino de numerosas escrituras contemporáneas, alegorías siempre de la imprecisión, el riesgo y de la tensión conflictual entre el arraigo y el desarraigo; escrituras que tipológicamente son clasificables pero cuyas metalenguas son evidencia de una transformación del Canon literario occidental.

El libro está escrito en una lógica que parte desde lo conceptual hasta lo específico de textos y testimonio, lo fundamental a nivel conceptual son aquí las preguntas teóricas y metateóricas que asaltan a la autora textual, ello al momento de acceder a este objeto específico tan difuso: la literatura del exilio en París, asumida como un producto de la inevitable transculturación, entre el exilio como catástrofe y la adaptación siempre mutante e inconclusa.

Al momento de introducir el texto y por ello iniciarlo, Gremels hace una delimitación de los niveles en los que se mueve la investigación e inmediatamente sorprende que no se busque una categorización filológica, al menos lo que para nosotros en Latinoamérica es esa delimitación estricta, pero que tampoco se apele a la lógica de los es-

tudios culturales, sino que antes de referirse al texto se busca la dimensión fundamental de su contexto, el de la transculturación ubicándose de inmediato en una doble tradición, es decir en una transdisciplina: entre las fronteras disciplinarias de la antropología cultural y los límites de la filología; hay un eco evidente del concepto de transculturación en la acepción antropológica generada por Fernando Ortiz⁴ y de “texto transcultural” como lo asume Ángel Rama en los cuatro momentos que Rama identificó⁵: *pérdida, selección, redescubrimiento e incorporación*, que no se mueven como un proceso lineal, sino como el juego entre momentos que simultáneamente operan en el canon, incluso en una misma obra. Así estos textos van desde la recuperación del habla local y mestiza, hasta el afrancesamiento, siempre buscando decir algo sobre la vivencia del exilio, pero experimentado la transculturación a nivel del texto, porque estos textos del exilio cubano no son un canon sino un sistema de búsquedas textuales.

Raudamente sobreviene el cuestionamiento sobre la identidad desde una perspectiva que no es solo etnológica ni filológica, sino desde una lectura que mira con buenos ojos al psicoanálisis y con ello adopta una visión multidimensional de la identidad, partiendo por la existencia del yo y sus variantes, su posible negación en el análisis de una obra literaria. Sin duda ello responde al estilo un tanto culturalista crítico propio de los estudios literarios contemporáneos, que también es una búsqueda que responde a la heterogeneidad de la literatura específica que se intenta analizar: la cubana del exilio, abordada desde tantos límites y del mismo modo constituida desde tantos desbordes.

Pero el uso del concepto de cultura reviste aquí una espesura y un tenor particular, se refiere más bien al modo adaptativo en que se define un estilo de vida mutante y de alguna manera eficiente en la experiencia vital de los autores exiliados, y no a un culturalismo ideologizado, (que desde la identificación entre la dinámica del valor cultural y la dinámica de la estructura socioeconómica cae en el mismo vacío infértil en que cayó en su momento el análisis de clase o el de la especificidad histórica); sin duda el concepto de transculturación posee una reminiscencia y un fundamento, a lo menos parcial, en la antropología

4. “Con la venia del lector —indica—, especialmente si es dado a los estudios sociológicos, nos permitiremos usar por primera vez el vocablo transculturación, a sabiendas de que es un neologismo. Y nos atrevemos a proponerlo para que en la terminología sociológica pueda sustituir, en gran parte al menos, al vocablo aculturación, cuyo uso se está extendiendo actualmente”. FERNANDO ORTIZ, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p.86.

5. ÁNGEL RAMA, *Transculturación narrativa en América Latina*, El Adariego, Buenos Aires, 2008

cultural, y específicamente en el funcionalismo de Malinowski⁶, que, mediatizado y situado en la especificidad latinoamericana, desterritorializada desde la definición de Ortiz para la transculturación cubana afro-caribeña, nos habla de la funcionalidad del valor respecto de la estructura; pero la Señora Gremels no se somete nunca a este culturalismo cómodo y políticamente correcto, no al menos en las versiones de aquella idea de la “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis que termina responsabilizando a los pobres de la pobreza, como si la relación centro-periferia, planteada para y desde Latinoamérica por la Teoría de la Dependencia, fuera un análisis sin asidero en el contexto de la globalización; es probablemente el influjo de la filología clásica y de la misma Escuela de Fráncfort el que salva a este libro de un culturalismo determinista y lo hace utilizar el concepto de transculturación desde un horizonte transdisciplinario que se interesa más por la dialéctica texto contexto, que por los modos en que los valores potencian las relaciones de dominación; no se trata de una filología estructuralista descontextualizada, pero tampoco de una contextualización puramente culturalista, (que en lo profundo no es un abordaje del contexto sino una coartada que independiza al concepto de cultura para obnubilarnos e invisibilizar las relaciones de dominación socio estructurales).

Los escritores cubanos del exilio son herederos de una tradición cultural depositada y enraizada en un lenguaje que genera obras resistentes y mutantes, en donde según nos lo presenta este libro, estilo de vida e ideologías nunca son abandonadas. El absurdo de la historia y sus esquivas los hicieron quedar en la periferia del socialismo para pasar a la periferia del capitalismo, un capitalismo glamoroso pero excluyente: aquí, en este libro de Gremels, Paris no es siempre una fiesta.

Desde esta precariedad existencial los autores en sus obras y en sus testimonios (feliz rescate del libro y su estilo metodológico) apelan a un estilo de vida constituido desde un “mundo de la vida” desmedrado, ello desde la específica situación de un exilio prolongado, motivado por diversas razones, pero que tiene como eje valórico la crítica a la revolución cubana y el anticastrismo; poste-

6. ...”La transculturación es un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe; es un «toma y daca» (...), un proceso en el cual ambas partes de la ecuación resultan modificadas. Un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente”...

BRONISLAW MALINOWSKI, “Introducción”, en FERNANDO ORTIZ, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Cátedra, Madrid, 2002.

riormente la autora hace una alusión directa a los escritores seleccionados y a los criterios de representatividad, con lo cual no se convierte en un estudio de casos, tan común en los fichajes sociológicos, sino en el intento de abordar un sistema de textos específicos, que se distingue por la transculturación, el exilio, la cubanidad; pero todo ello en el contexto de un proceso en muchos casos difícil de adaptación, de precariedad, olvido, aislamiento: en resumen de oneroso silencio impuesto o autoimpuesto, sin que la adaptación sea una conciliación gozosa, es más bien la circunstancia que desemboca en un procedimiento funcional: de esta manera en el aislamiento de París y en París, se deriva y genera un producto estético que va más allá de lo indispensable funcionalmente, para la adaptación: así esta literatura es simultáneamente para Gremels un mecanismo adaptativo y un “prodigio cultural” digno de salvamento, porque no todo exilio genera un sistema tan rico de textos.

Dos circunstancias parecen marcar la ruptura de autores y obras: por una parte el silenciamiento en Cuba, por otra el aislamiento en París; ambas circunstancias constituyen a esta literatura como una “poética del silencio del exilio”, silencio que no es la ausencia de la palabra, sino que la situación existencial y contextual de la no comunicación: épica de una palabra dicha en medio de un desierto, muy propia de toda diáspora, una escritura enunciada en el despoblado, leída por los compañeros de ruta pero siempre, con resonancias bíblicas “voz en el desierto”, es decir, palabra del silencio, el silencio no es entonces la palabra ausente sino la palabra no enunciada, la expresión de la incomunicación, escritura de la ausencia del lector, un lector ideal que aunque parezca el receptor de una arenga al pueblo cubano, representa ante todo un diálogo interior y una apelación al deseo de exotismo del lector europeo, que si se es optimista, podrá destinar unos instantes a esta escritura del desgarramiento.

La autora apela a un criterio de demarcación, para ella existencia de París y la vida en París, más que el origen nacional, parece ser la esencia general de los autores analizados, ello desde el cuestionamiento de la actual situación de Cuba junto a la añoranza de una cubanidad que se sabe

«Es probablemente el influjo de la filología clásica y de la misma Escuela de Fráncfort el que salva a este libro de un culturalismo determinista y lo hace utilizar el concepto de transculturación desde un horizonte transdisciplinario que se interesa más por la dialéctica texto contexto, que por los modos en que los valores potencian las relaciones de dominación»

irremediabilmente perdida; de este modo la autora define un criterio de inclusión en el conjunto de obras analizadas y autores interpelados.

El asilamiento da lugar a una Cuba desconcertante, irreal, o más bien real en la unión entre lo imaginario y lo simbólico. Gremels establece líneas de demarcación que separan la identidad del destierro de la conciencia del sujeto occidental desterrado pero vuelto a la metrópoli cultural imaginada. Hay una reminiscencia del peregrinaje en el desierto, los cuarenta años de súplica, de esperanza, de conflicto, el estropicio se produce en la distopía, no hay un diseño mental de la tierra prometida en los textos ni en el habla de los entrevistados. Así la paradoja reside en que no es Cuba la imaginada sino el mismo París, y la adaptación es siempre una dimensión, un vértice, o más bien un deseo que, como toda pulsión, es siempre un objeto nunca alcanzado, un deseo en definitiva nunca conseguido.

La construcción del yo se fundamenta textual y vitalmente en la carencia, pero también se busca la identidad en algo que se escapa (París) y en algo que no existe ya (la Cuba del recuerdo), así la pérdida más fundamental del escritor es el lenguaje y por ello el lenguaje se vuelve rebuscado justamente como recuperación de un habla imposible en Cuba e irreal en París, un lenguaje perdido y luego recuperado en la adaptación transculturadora, un lenguaje que perdió su significado territorial, geográfico y que encuentra este ansiado significado en la pasión de la añoranza, una lengua literaria que podemos asumir como un español específico del exilio cubano, la pérdida del habla obliga entonces a crear artificialmente una lengua que se constituye en la añoranza más que en la pragmática.

Si el habla para Andrea Gremels en este lenguaje es una forma de resistencia, es fundamentalmente por el recurso de la memoria, pero no una memoria del recuerdo sino una memoria que es ante todo imaginación: el multilingüismo es tanto una amenaza como un recurso. La noción que usa nuestra autora de “soldadura” es extremadamente adecuada, las voces están rotas y son reunificadas desde un gesto que es firme pero grotesco, es la soldadura que se realiza en un fuego, en una fragua, llena de ansiedad e incomunicación.

«Esta literatura es simultáneamente para Gremels un mecanismo adaptativo y un “prodigio cultural” digno de salvamento»

Para nuestra autora hay resistencia y posicionamiento, pero finalmente estamos frente a una apelación a la conciencia de la derrota, luego de 50 años nada puede ser reconstruido, el gran límite es una distopía, una utopía no acariciada, una anti-utopía cuyas energías utópicas son imprescindibles y por ello la distopía es textual y testimonialmente una falta, la maldición de la distancia física y sentimental es combatida por esta distopía (un tanto contra utopía, en este caso producto del agotamiento de la encanto de la utopía), que resuelve la soledad desde un desorden inevitable, que hace uso de una versátil entropía como relación entre sistema y entorno. Cuba es el paraíso perdido, pero determinado por un nihilista realismo, por la conciencia del tiempo, la lejanía y la imposibilidad del logro de la utopía pura: de alguna manera Cuba ya no existe. El último exilio del siglo XX de Occidente tiene como crisis la localización, la ubicación, se sufre en la imposibilidad de los territorios, si todo territorio es imaginario, se hace insoportable lo imposible, incluso en el difuso espacio de los sueños.

El todo mundo de Édouard Glissant⁷ no es una profecía sino un deseo, luego de recorrer los extramuros y que en esos extramuros esté el propio fundamento, el origen de todo lo dicho por un autor, por los autores. Hablar del último exilio del siglo XX debe ser simultáneamente el feliz encuentro con un tema original y del mismo modo clásico, pero es también una demostración de la fascinación por la diferencia, que no solo vive la autora de este libro, ese deseo del otro, de lo otro, ya desterritorializado, ya dejado del fundamento de la isla o de la tierra o de la lengua, es alteridad en París o en la Habana vieja, es un destello de eso que mantiene a Cuba de pie a pesar de estar tan pobre y tan descontextualizada, un país que defiende valores que para algunos, o quizás muchos, son restos arqueológicos de una modernidad romántica. Pero lo más inaudito es trabajar con aquellos que deploran el estado de cosas en la isla, pero que añoran la circunstancia del “agua que circunda” como decía José Lezama Lima, esa cubanidad que se da en una fabricación del recuerdo y que debe traspasar a la propia lengua, el sujeto en ese todo-mundo recuerda sabores, olores, clima, e intenta mantener una lengua que

invariablemente se verá trastocada, como la autora identifica: ese todo mundo es el sujeto desraizado, trasplantado que en el dolor de la diáspora amplía una mirada, eso es un testimonio moral de que el desarraigo jamás impedirá la pertenencia ni la generación de los productos creativos de esa herencia.

Desde un punto de vista psicológico y psicopatológico la aculturación es un doloroso proceso, pero mantener un lenguaje que apela a la transculturalidad, como en este libro de Andrea Gremels es un esfuerzo loable, aunque siempre incierto ¿Qué deseo hay tras este libro? Probablemente la fascinación de la extrañeza, pero no la fascinación de la isla pobre y mendicante, sino el hechizo de este conjunto de obras escritas por parisienses que no son parisenses, que en un plano metalingüístico deploran la misma europeización, quizás no porque acaezca una comunidad imaginaria en París, tampoco porque como en otros exilios latinoamericanos vivan en la forma del gueto, sino por la evidencia de la construcción de una identidad, una identidad de frontera heterogénea, pero aún más una identidad de la yuxtaposición, donde el yo desfigurado esta dialécticamente escindido entre el eterno refugiado y el occidental que regresa de alguna manera a la metrópoli francesa perdida por el peso de la aculturación barroca y luego moderna. Todos quieren ser Lezama, pero Lezama nunca quiso salir de Cuba, ni siquiera abandonar su Habana; el otoño de París no es el otoño de los parisienses trasplantados, su opacidad, su melancolía su búsqueda de identidad distópica como muy bien la autora da a entender; no se trata de escribir desde un momento de tristeza, a la manera de Vallejo “me moriré en París con aguacero⁸”, la soledad demostrada por Octavio Paz para el ethos latinoamericano y el barroquismo practicado y caracterizado por Lezama, representan esa isla de los “tal vez” en Europa o en Latinoamérica; se trata de un exilio lleno de furia anticastrista, pero también donde la escritura, desde el hambre, el aislamiento, y la sospecha europea, hizo mutar el ethos caribeño, en un ente plenamente sudamericano en el afrancesamiento, no hace falta nacer en París para ser afrancesado, ni hace falta vivir en Cuba para ser escritor cubano, y no parece quedar más que la autenticidad de

8.

“

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París -y no me corro-
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño

“

CÉSAR VALLEJO, *Piedra negra sobre una piedra blanca*.

una construcción yuxtapuesta, donde luchan enconadamente dos fuerzas: la de la cubanidad y la del europeizamiento, pero ello no es una novedad del exilio cubano, es un dato consustancial a la cultura latinoamericana.

En el exilio punzante, la escritura, independientemente de su calidad dispar, ya ha echado raíces, ya hay un sistema de textos como la autora nos demuestra, y esta entrópica relación entre los textos no surge sino desde una identidad dividida pero, ¿Qué identidad no está hoy dividida?

La transculturación literaria es un modo de performance y de automatización de lo barroco: es evidente en el testimonio de los autores cubanos un yo sacrificial y expresivo, el barroco dramático que permanece es la huella de la lengua; el odio a Fidel Castro y al régimen cubano, es una forma de resistir y de reinventar la identidad sin perder el hilo, la huella. Este libro de Gremels es original, porque descubre un canon emergente no situado, sobre todo por su aproximación transdisciplinaria donde de la primacía del texto se recupera con fuerza la dialéctica entre el contexto y el sujeto, no es el sistema o la estructura, lo que prima, según Gremels y muy al estilo de Glissant. De esta extraña manera este libro, en un sentido hermenéutico es un ensayo europeo, pero en sus experimentaciones metodológicas, hay una intuición etnológica, que evidentemente no niega su carácter como texto filológico muy alemán, pero también en un libro de antropología de la literatura, no en un ensayo antropológico literario, sino en antropología de la literatura que en los tres niveles de todo trabajo etnológico: busca data de campo desde una émica casi intuitiva, pero émica testimonial al fin, dando cuenta de regularidades y finalmente dialogando con el concepto de transculturación, no imitando a Fernando Ortiz o a Ángel Rama, sino tomando sus categorías a nivel operativo, intentando no desligarse del texto y sus contradicciones.

El valor de este libro es ensanchar de manera transdisciplinaria el concepto de transculturación, dando cuenta que la transculturación literaria no es un hecho empírico, sino un escenario mental depositado en lo verbo simbólico lleno de contradicciones; en los textos, en la émica de los autores y sin duda en los niveles interpretativos de la

«Se trata de un exilio lleno de furia anticastrista, pero también donde la escritura, desde el hambre, el aislamiento, y la sospecha europea, hizo mutar el ethos caribeño, en un ente plenamente sudamericano en el afrancesamiento»

autora, que pasa por diversas etapas que finalmente terminan mezclándose: revisando la bibliografía teórica, fijándose de manera muy afortunada en el concepto de yo y sus sutilezas teóricas, que demuestran su carácter social y no natural, también en el concepto de transculturación para desde allí rebasar los límites del instrumental filológico para ir hacia el instrumental etnográfico, no solo como análisis de discurso sino como examen y reflexión de la simultaneidad de los sintagmas, incluidos los silencios, reparando en lo dicho y en lo no dicho, en textos con autores textuales que experimentan identidades divididas; Gremels examina y disecta una pasión política, el odio al castrismo, que es del mismo modo un soporte metafísico, haciendo la lectura europea de la autora vacilar en su europeísmo, se describe entonces una transculturación desarrollada en suelo europeo, descrita y analizada por una europea, pero en textos y escritores que no son europeos de modo que esta investigación es también un ejercicio de radical extrañamiento: ni los textos son textos que mantengan la cubanidad del también afrancesado Carpentier, ni tampoco la autora escribe desde un instrumental clásico europeo filológico. Es notable que una filóloga logre algo (una interpretación cultural desde los textos) que, hasta donde conozco, la etnología alemana no ha alcanzado, en la paradoja de la antropología posmoderna, al intentar una hermenéutica clásica desde un etnología muy moderna y norteamericana; para describir escrituras de cruce, de conflicto, de desarraigo y de mestizaje volátil. Los autores cubanos habitan el territorio del lenguaje, y en ese territorio se desgarran, sosteniendo al anticastrismo como superestructura semántica, en un nivel de angustia, que lejos de medir el arraigo se vuelve afrancesamiento performativo, demostrando la persistencia de un instrumento psíquico: ser francés en París, o ser cubano en Francia, es entonces una variante del ser cubano, contradictora pero auténtica, la autenticidad se demuestra en el arraigo logrado, un arraigo de rabia y de descentramiento; Gremels elicit ese centro, dado por la sospecha frente a la cultura europea y el arraigo de esa escritura en un cubanidad metafísica y adolorida, pero sin duda permanente: desde José Martí y su latinoamericanismo libertariamente afrancesado, tan

«El valor de este libro es ensanchar de manera transdisciplinaria el concepto de transculturación, dando cuenta que la transculturación literaria no es un hecho empírico, sino un escenario mental depositado en lo verbo simbólico lleno de contradicciones»

antiguo como el exilio de Francisco de Miranda, o como la generación literaria del 1842 compuesta por los discípulos chilenos de Andrés Bello, o desde los más recientes exilios de los setenta y setenta, producto directo de la cadena golpista de esas décadas en Latinoamérica.

Andrea Gremels nos muestra la lógica de la transculturación, no es un episodio, es un caso cualitativamente demostrativo del sujeto doliente que termina al fin adaptándose a su dolor, adaptación a la opacidad que pasa a ser introducida en el estilo de vida y en la vida mental. Ni anticastrista ni procastrista es este libro, es simplemente una demarcación antropológica de la universal capacidad de sujetos y de artefactos escriturales de vivir el dolor del exilio, desde una aculturación que es ya una identidad, aunque la émica no la reconozca enraizada. No se trata de que lo estudiado en este libro sea solo una forma de literatura del exilio cubano, ni es literatura francesa de la adaptación cultural: es una literatura cubana puesta en un lapsus histórico que dura medio siglo, y que desde el dolor del extrañamiento, sigue haciendo uso del lenguaje como un instrumento adaptativo, la metáfora tiene la eficiencia funcional (a la manera de la definición que le asigna Ricoeur), como un hacha para talar a la intemperie o un pedernal para hacer fuego, es eficiencia simbólica que se despliega porque a pesar del dolor del desarraigo, de la expulsión, del exilio económico o cultural, se sigue creando literatura cubana, de un manera quizás más férrea y cohesionada que la que se hace hoy en la propia Cuba, porque es una literatura libre en su soledad, y es bien explorada y difundida por Andrea Gremels en esta transdisciplinaria antropología de la literatura.

9. Antropólogo, Sociólogo y Doctor en Ciencias Humanas, postdoctorado en Filología Románica. Investigador Núcleo de Investigación Convenio de Desempeño en Ciencias Sociales, Artes y Humanidades, Universidad de Valparaíso.

Miguel Alvarado Borgoño⁹